

**EL OJO CRÍTICO**



José  
Lois  
Estévez

**Apetencias humanas.** *Por José Lois Estévez*

**LA ASPIRACIÓN** a la verdad es uno de los rasgos más enaltecidos del ser humano. No creo que se dé en el cien por ciento de los hombres, como sucede con la apetencia de felicidad, en la que, a lo que parece, no hay excepciones. Pero conviene insistir en la restricción “a lo que parece”, por que lo que cada uno llama “felicidad” difiere de cómo la entienden muchos otros.

También en esto se manifiestan el optimismo y el pesimismo individuales. ¿No es feliz quien cree serlo? ¿No son sumamente desgraciados quienes están sufriendo alguna depresión? También en este punto juegan las probabilidades. Y el tiempo. La felicidad es un estado pasajero. Cabe sentirse feliz un cierto instante y momentos después inmensamente desgraciado.

Estas palabras daban comienzo a un artículo entregado a ELCORREO GALLEGO hace cosa de un mes. ¿Era premonición o anticipo telepático? Pocos días después llegó a mis manos un precioso libro del gran polígrafo Gonzalo Fernández de la Mora, titulado: “Sobre la felicidad”.

¿Qué podría hacer ante semejante coincidencia? Pedir a la redacción de EL CORREO GALLEGO que me permitiera recuperar el artículo para rehacerlo y, aprovechando sus primeras líneas, comentar el recién aparecido libro de quien, contando entre los primeros prosistas españoles, sobresale también como relevante filósofo, con una doctrina siempre sugestiva, que gusta llamar “razonalismo”.

Esta obra consta de un Proemio, una extensa Introducción histórica, que ocupa casi su mitad, y finalmente, la parte constructiva, denominada Análisis sistemático, a la que sigue un significativo Epílogo para jóvenes, que difícilmente podría ser más interesante. A todo esto, hay que añadir la rica bibliografía que lo avala.

El Proemio resume los propósitos del autor. Con palabras suyas: “La mayor parte de las reflexiones acerca de la felicidad se han centrado sobre qué hace feliz: la oración, el saber, el poder, el amor, la riqueza, los placeres, y así sucesivamente. La diversidad de los gustos humanos ha obstaculizado muy seriamente tal vía de aproximación. Aquí ensayo un análisis no del qué,... sino del cómo del comportamiento felicitarario”. A eso quiere llegar “mediante el análisis fenomenológico de los hechos dados”.

La Introducción histórica rememora las actitudes adoptadas hacia la felicidad a lo largo del tiempo: desde el hinduismo, el budismo, LaoTse, los pensadores griegos y romanos, la patrística, el medievo, la modernidad.. Aquí destaca un estudio, de primera mano, sobre autores españoles como Vives, Cano, Teresa de Jesús, Estella, León, Juan de la Cruz, Quevedo, Nieremberg, Gracián, Feijoo y Ramírez... Termina esta parte con una interesante –y actualísima– conclusión: “Antístenes era tracio, hijo de una esclava asiática. Diógenes era de Sínope, en el Helesponto persa. Zenón era un fenicio. Aristón nació en Quios, conquistado por Ciro. Cleantes era de Assos, fortaleza persa. Crisipo vio la luz en Salos, la Cilicia médica. Panecio era babilónico. Posidonio sirio y Filón egipcio”... Sigue enumerando localidades diferentes para deducir: “La europeidad, como los arios, viene del Este”.

La porción capital de la obra, el “Análisis sistemático”, comienza proclamando el “deseo universal de experimentar sentimientos felices”, que “viniendo dado con el código genético”, determina la Historia, consecuencia de la aspiración a la felicidad, sentida por todos. Además, el deseo es ilimitado. “A diferencia de lo que acontece a otros animales superiores, que tienen unos niveles bajos y estables de suministros vitales, el hombre apenas a nivel estrictamente biológico es saciable, la búsqueda de más refinamiento y más variedad abre procesos tan ilimitados que la hartura se suele perder en el infinito”. Los deseos se proyectan también más allá del tiempo. “Por definición genérica se aspira a lo terrenalmente imposible: la inmortalidad. Es una paradoja originaria”.

Desarrollando su tesis, De la Mora pondera después lo inagotable de otros deseos, tanto corporales como espirituales. Así la sexualidad, la perfección corporal, la curiosidad por saber, la expresión artística, el afán de poseer, la ambición de poder, el ansia de amor. El capítulo termina con estas palabras: “El anhelo de amor humano o divino, entregado así mismo, asiste al constante alejamiento de su meta y nunca se colma definitivamente en el mundo”.

Para captar mejor lo que la felicidad significa, el autor analiza la aflicción, que se produce por deseos insatisfechos y que se presenta como “fondo último de la existencia humana.. aunque muchas veces tenue y episódicamente interrumpido por gozos”. Culmina en la angustia, “en que la precariedad interior es demasiado grande y no se es capaz de soportarla; llega a ser la más alta expresión de la infelicidad”.

A partir de aquí, la felicidad intenta describirse individualmente. Pero resulta que “el imaginado bien se busca de muy distinta manera. Es vano todo intento de concretar un contenido universal de la felicidad. No se nace feliz, sino menesteroso y hay que actuar para ir colmando íntimas lagunas”.

Al revés que las emociones, del atadas por signos externos, “los sentimientos suelen permanecer celados en el fuero interno. Por eso muchas gentes simulan felicidad... La autoestima lleva a disfrazar las penas de alegrías...El dolor es recluido en lazaretos “También hay vivencias felices; pero ¿cómo se generan? Responde: “En la dimensión sentimental”, que estudia en la correlación entre sensaciones y sentimientos, para concluir: “...Cuando se logra el control racional de la existencia humana, el logos calculador puede contribuir a tornar menos negativo e incluso positivo el saldo gratificante de una vida personal”.

Hay –nos dice luego– dos vías felicitarias: “la carrera por la posesión de bienes “y” seleccionar y moderarlos deseos”. Así entra en el “autodominio” y en “el cálculo”. “Para el autodominio... hay una predisposición genética; pero es preciso cultivarla”. “Cuando flaquea, la alternativa es el azar o el fatalismo”. Optar por el azar es querer conocerlo por anticipado y, desembocando en artes adivinatorias, dar en la paradoja de querer predecir lo impredecible. Si se opta por el determinismo, “huelga todo esfuerzo para alterar el destino: lo que será, será”. La salida, pues, es el cálculo, la ecuación a resolver personalmente, aquí y ahora, entre lo deseado y lo posible. Sobre este problema girará prácticamente el resto del libro: Naturaleza y razón; vivir según la naturaleza o según la razón; racionalidad y felicidad; felicidad y saber; y virtud; y valores; y cultura; y genoma; y concepción del mundo; y progreso. La trata luego como inalcanzable ideal, para concluir que no es el fin. Frente a quienes la invocan como un derecho, replica que es una sublimada muestra de la inflación de subjetivismo jurídico y de idealización desencadenada por la declaración de 1789 y subsiguientes.

En resumen: Una obra madura y completísima que invita a repensar tema tan reiterante y a comprobar su tesis: “La felicidad no es un don, es una laboriosa conquista del logos”.

(\*) *Catedrático extraordinario*

*de Epistemología*